

EL BRILLANTE

La Vieja Inglaterra

Una historia del año mil ochocientos veinte

Primera parte

La llegada de la noche trajo el final de una triste ceremonia de despedida. Se oía el traqueteo de los carruajes contra el empedrado de la calle que llevaba al palacete. Frente a la fachada se iban apagando los relinchos de los caballos y las animadas conversaciones. Tras cerrarse la robusta verja de la entrada, el chirrido de los candados fue el último sonido que se escuchó en la oscuridad que empezaba a caer. Se apagaron todas las luces, primero las de las avenidas del parque, después, las más cercanas al palacete, las de la entrada y las del portón central, con sus macizas puertas de roble. Finalmente, se hizo el más absoluto de los silencios.

En la cochera descansaban varios coches de caballo y diligencias, ya que una parte de los asistentes a la ceremonia y a la comida celebrada después del funeral se quedaban a dormir en las habitaciones previamente acondicionadas. El vestíbulo y las escaleras que conducían a los dormitorios estaban iluminados por la luz titilante de varias velas, que permanecieron encendidas hasta el momento de ventilar. A través de las ventanas entreabiertas se colaba el aire caliente entremezclado con el humo de los puros, de las velas, del pesado aroma de las flores, los perfumes y el olor a naftalina, que hasta hacía un momento emanaba de los abrigos de pieles de los invitados que se despedían en el hall.

Estaba sentado en el despacho frente a un escritorio enorme de caoba. Por fin había llegado el momento que había planeado durante tanto tiempo, y ya podía, sin que nadie se inquietara, siguiendo la última voluntad de su padre, abrir el cajón secreto de la gaveta y abrir el sobre allí escondido. Se había enterado de su existencia durante la última conversación con su padre, cuando Sir Philip había ordenado a todos salir de la habitación y se habían quedado a solas. Poco después ya no había podido volver a hablar con su padre. El cabeza de familia había estado en cama inconsciente durante muchos días.

Después de levantar el herraje decorativo de la parte de delante, se abrió el único mecanismo secreto que sorprendentemente no estaba reforzado con acero y que bloqueaba el pequeño cajón. Tenía ante sus ojos un sobre lacrado con el sello de su padre. En el sobre se podía ver escrito de su puño y letra: Sir Edward Cunningham, mi hijo, entregar en mano; en el reverso estaba firmado: Philip Cunningham. Edward sacó el sobre. Debajo de este vio un velarte rojo que cubría los cuatro compartimentos. En tres de ellos había anillos de la familia. Los rubíes y las esmeraldas formaban un círculo alrededor del escudo aristocrático. Había escuchado hablar de su existencia, pero el lugar de su escondite había sido un secreto que se había guardado siempre con celo.

Lo que vio en el cuarto compartimento le dejó atónito. Un brillante de enorme tamaño preciosamente tallado resplandecía a la parpadeante luz de las velas. Nunca había visto un brillante de semejantes dimensiones, ni siquiera en las mejores colecciones o en las joyerías de gran renombre. Se sentó en la silla de respaldo alto que se encontraba junto al escritorio. Rompió el sello y abrió el sobre. Dentro, había una carta escrita en una hoja. Edward la desdobló y la estiró ante él.

"Querido hijo. Cuando leas esta carta, yo ya no estaré en este mundo. Tengo la esperanza de que se me conceda, aunque sea desde lejos, el poder verlos a todos y alegrarme por vuestra

felicidad. También ayudaros si así fuera necesario. Quiero darte las gracias por el amor y el cariño que me has dispensado en los últimos meses. Una vez más, he podido comprobar que eres mi digno heredero. Compartimos la misma escala de valores: Dios, honor y patria. Estoy convencido de que permanecerás fiel a ellos. Ahora, tienes ante ti la honorable tarea de continuar con nuestra tradición. Por favor, cuida de todos nuestros seres queridos y gestiona nuestro patrimonio de tal manera que nadie sufra ni se sienta ofendido. No estoy pensando solo en nuestra familia. También tengo en mente al personal del servicio con el que contamos. Nos dedican su vida, son fieles y trabajadores. Sigue siendo ese niño tan bueno con el que solía jugar y el caballero en el que después te convertiste y que conocí, no solo durante las cacerías, sino en la vida cotidiana. Te deseo que encuentres fuerzas que te permitan no solo mantener tu actual *status quo*, sino que den a nuestros compatriotas un impulso para desarrollarse. Sé que formarás una familia feliz. Como has podido encontrar en el cajón, están los anillos con el escudo familiar que tienen casi trescientos años. Cuídalos como si fueran tu vida. Son el símbolo de imbatibilidad de nuestra estirpe y deberían servir de apoyo espiritual a las próximas generaciones.

En una de las gavetas hay un brillante. No pertenece a nuestra familia. Su historia en nuestro hogar no se remonta a tiempos lejanos. Data de principios de siglo, de los tiempos de la guerra con Napoleón. En 1804 mi querido amigo, un oficial de alto rango de la Marina Real, me lo entregó pidiéndome que lo guardara. El navío en el que servía era el buque insignia Victory, bajo las órdenes del capitán Horacio Nelson. Participó en la batalla naval contra las flotas españolas y francesas y contribuyó en buena manera a la victoria de la flota británica. El gran triunfo llenó de júbilo al rey Jorge III y a toda la nación. Sin embargo, mi amigo no conoció esta alegría. Murió víctima de un disparo de un marinero francés en Trafalgar.

Me pidió que en caso de que falleciera, entregara el brillante a sus descendientes y le prometí que así se haría. Corre ya el año 1820 y, desgraciadamente, durante quince años no he cumplido sus deseos. He estado demasiado absorto en nuestros asuntos y, en los últimos tiempos, me han faltado las fuerzas. Te paso a ti este cometido y sé que cumplirás la voluntad y la promesa que le hice a mi amigo en mi nombre. Su nombre es: Thomas Cambridge, de Londres, oficial de la marina con rango de capitán. Murió en la batalla de Trafalgar el 21 de octubre de 1805. Podrás encontrar sus datos en las actas de la Royal Navy.

Quedad todos con Dios.
Tu siempre querido padre, Philip Cunningham
Ashbourne, a 11 de marzo de 1820"

Tras unos largos momentos, Edward cerró con cuidado el cajón y guardó la carta de su padre en el escritorio. Se sentía cansado. El funeral, el discurso de despedida y la comida que habían sido largos. Parte de la familia y de los amigos se había quedado a pasar la noche. Tenía que dar las órdenes para el día siguiente.

Segunda parte

Pasaron unos días a lo largo de los cuales todo empezó a volver a la normalidad. Edward siguió con las escrituras en los libros de finanzas y daba instrucciones de lo que había que hacer. Se sentía muy solo. Se dio cuenta de que pese a que en los últimos meses se había encargado de muchos asuntos, el hecho de que su padre estuviera aún presente le había ayudado psicológicamente. Su madre había fallecido hacía tres años y ahora él, hijo único y heredero de todo el patrimonio, se había quedado completamente solo.

Al cabo de una semana, decidió encargarse del asunto del brillante para cumplir con la voluntad de su padre. Escribió una carta a Londres, en la que exponía su problema a su buen amigo Jeremy Scott, sin especificar el objeto del que debía hacer entrega a la familia de Thomas Cambridge.

Jeremy no subestimó la petición de Eduardo, por lo que este no tuvo que esperar demasiado tiempo para recibir una respuesta en la que Jeremy le contaba que había visitado la sede de la Royal Navy y que tenía ya en sus manos la dirección de la familia de Thomas Cambridge que le habían dado en el archivo. No estaba seguro si debía él mismo encargarse del asunto o si no sería mejor, sugería con sinceridad, que el propio Edward fuera a Londres. "Decide tú cómo quieres proceder" – escribía- "teniendo en cuenta la situación, ya que se trata de un asunto delicado".

Hacía mucho que no iba a Londres. La perspectiva de ver a Jeremy y a otros amigos, además de a familia algo más lejana que seguramente le recibiría de buen agrado, le seducía. Llegó a la conclusión de que le vendría bien alejarse un tiempo de casa. Vivía solo y no tenía vida social. No quería quedarse soltero. En los alrededores, entre la gente de su estatus, no había ninguna chica joven que le gustara lo suficiente como para pasar tiempo con ella. Por no hablar de comprometerse. Por tanto, al día siguiente, respondió diciendo que iría a Londres dentro de tres semanas, el cinco de mayo. Pasaría la noche en casa de un tío y vería a Jeremy al día siguiente, sobre las diez de la mañana. Añadió que le gustaría quedar con otros amigos comunes y preguntaba a Jeremy si podría encargarse de organizarlo.

A Edward le hacía ilusión el viaje. Su padre solía ir más a Londres más que él. La última vez había sido hacía tres años, justo antes de la súbita muerte de su madre. Al diablo, pensó, tengo ya treinta y siete años, me merezco algo de vida. Sus padres solían insistirle en que pasara más tiempo con gente, pero él se refugiaba en los bosques de Ashbourne como un zorro en su madriguera. Cogió dos maletas, dinero para su estancia y el viaje, un paraguas, algunas fruslerías, un retrato de sus padres, un cuaderno en el que estaban apuntados los nombres y las direcciones de sus amigos y la carta, el motivo principal de su viaje. Estaré fuera una semana, pensó, y no se equivocaba demasiado.

Tercera parte

En Londres, Edward se quedó en casa de un tío, que lo acogió de buen agrado. Le cedió para su estancia dos salones y un dormitorio con un baño. El tío no le preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse en Londres. Se alegraba de tener al fin la ocasión de escuchar de primera mano historias sobre la familia y los cambios que se habían producido en el patrimonio de Ashbourne.

Al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, Edward se dirigió a pie a su encuentro con Jeremy. Si hubiera cogido un carruaje, no habría podido admirar los cambios que se habían producido en la capital. Le sorprendieron todos los nuevos edificios que tenían tiendas con escaparates en la parte baja, el orden que reinaba en las calles y, sobre todo, la enorme cantidad de tráfico. Tomó Paddington, para seguir por Edgerware Road y después por Oxford Street, que se convertía en una auténtica arteria. Greys Inn Lane no le quedaba lejos y antes de las diez ya había llegado.

Jeremy le estaba esperando con un té, pero para recibirle le ofreció un vaso de whisky. Mientras se tomaban la copa de bourbon, Jeremy le contó sus pesquisas, sorprendiendo a Edward con su minuciosidad. Resultaba que la familia de Thomas Cambridge se había mudado a Dorking, en el condado de Surrey.

Es un pueblo— dijo Jeremy — que está empezado a crecer. No está lejos, a solo unas veinte millas al sur de Londres. Mi sirvienta Elisabeth es de ahí. Edward, no te queda otra, tienes que ir allí. Además, es un lugar precioso. Elisabeth me ha contado que Dorking está situado entre dos colinas, Box Hill y Leith Hill. La propiedad, que compró ya hace bastante tiempo la familia Cambridge, se encuentra a las afueras del pueblo. La sirvienta ha preguntado a sus amigas, que conocen mejor la zona, y le han dicho que tiene una bodega muy grande con una casa bastante pequeña con el nombre de Crystal House.

Edward escuchaba sus palabras sin poder evitar preguntarse cómo Jeremy había logrado recabar tal cantidad de información. Pero no era para nada el final del monólogo, porque seguía añadiendo importantes detalles.

- En la propiedad viven la mujer de Thomas, Emma Cambridge, junto a su hija Carolina. No tienen mucha gente a su servicio.

Edward contempló por la ventana los manzanos que crecían en el jardín, recubiertos ahora de flores blancas. Aquí la primavera ya está en pleno auge, no como en el norte, pensó, y seguro que en Surrey, aunque no está lejos de aquí, está todavía todo aún más bonito.

Jeremy y Edward almorzaron temprano, planificando la estancia de Edward en Londres, con quién y dónde podían quedar. Edward sorprendió a Jeremy con una decisión que acababa de tomar sobre la marcha cuando le dijo:

- Espera un poco, amigo. Mañana me voy a Dorking; primero arreglaré allí los asuntos y después ya me dedicaré a la vida social, va a ser lo mejor.

Jeremy pensaba oponerse, porque al día siguiente ya tenían fijada una cita, pero al ver su determinación, cedió y propuso:

- En ese caso, mi cochero te recogerá con el carruaje en Paddington. Si no hay contratiempos, llegaréis ya entrada la tarde. No puedo acompañarte, debido a que tengo asuntos urgentes que atender. Pienso que con pasar dos días en Dorking será suficiente. Hoy es martes, así que podemos dejar la cena para el sábado por la noche. Voy a hacer todo lo posible para que vengan Eleonora, Sheridan y alguien más que tiene muchas ganas de verte, pero no puedo decir más. Va a ser una sorpresa.

Cuarta parte

Antes de las ocho de la mañana, el faetón ligero de cuatro ruedas estaba delante de la casa del tío. Era la primera vez que Edward veía un carruaje de dos plazas con enganches y capota. Esta vez cogió una pequeña maleta y, lo más importante, la carta de su padre. Se pasó el trayecto pensando en qué diría para saludar y cómo explicaría su presencia, al fin y al cabo, se trataba de una visita no anunciada. No se arrepentía de su decisión, mejor quitarse de encima este asunto – pensó – voy a arreglar en una semana lo que mi padre no logró poner en orden en quince años. El tiempo les sonreía, el sol daba en el lado izquierdo sin cegar al cochero, que conducía con excepcional habilidad. Por el camino solo se detuvieron cuatro veces brevemente para dar de comer y beber a los caballos. Ellos almorzaron en una posada junto a la calzada.

Edward tenía la sensación de que el mundo se volvía más hermoso con cada milla que recorrían, ya que en Surrey el verde y las flores recubrían prácticamente todo. Praderas rectangulares multicolores se extendían sobre las colinas como alfombras mágicas. El carruaje ligero parecía flotar sobre los caminos bañados con el intenso perfume de las flores y prados. Seguramente se habría quedado dormido de no haber sido por el magnífico paisaje de Surrey que cambiaba a cada momento y las vistas que quitaban el aliento.

Una vez en Dorking indicaron a Edward el camino que conducía a Crystal House. Llegaron a los dominios de la familia Cambridge a las tres y media. La propiedad no estaba vallada. El camino que llevaba a la casa era empedrado y la entrada estaba cubierta por un discreto techado que se sostenía sobre dos columnas. Les recibió una mujer corpulenta con un delantal y una cofia blanca.

- ¿A quién desean ver los señores? – fue lo que escucharon como recibimiento.

- A la Señora Emmy Cambridge. Mi nombre es Edward Cunningham y provengo de Ashbourne. He venido desde Londres por un asunto de suma urgencia. No me ha dado tiempo a avisar a la Señora Cambridge de mi llegada.

- La señora de la casa no está. Ha salido con su hija a ver los viñedos, deberían estar de vuelta para la merienda, a las cinco. Estarán ustedes cansados del viaje. Por favor, pase al salón. Entre. Descanse un poco en el sofá, ahora le traigo un té.

Un hombre con un delantal verde, probablemente el jardinero, mostró al cochero el camino hacia los establos que se encontraban más abajo de la casa y le propuso que estacionara el faetón al lado, en la cochera.

- Mi esposa le preparará un té, sígame – le dijo al cochero.

Edward entró en la casa y enseguida vio el retrato de un joven vestido con el uniforme de capitán de la marina, colgado en la pared del espacioso recibidor, frente a la entrada. Quién iba a ser sino el noble Thomas Cambridge – pensó, sentándose con alivio en el sofá. Llevaba varios días de viaje y el cansancio empezaba a hacerse patente.

Quinta parte

Tras tomar el té con pastas, Edward no opuso resistencia al sueño en el que se sumió, interrumpido por el sonido de los pasos provenientes del vestíbulo. Se levantó rápidamente y pudo ver a dos mujeres que se acercaban hacia él. Todavía algo adormilado, carraspeó y se presentó:

- Mi nombre es Edward Cunningham, soy hijo de sir Philip Cunningham de Ashbourne.

- Encantada – le respondió la mujer más mayor – soy Emma Cambridge – y le extendió la mano al tiempo que añadía – y esta es mi hija, Karolina. – señaló con la vista y un ligero gesto de la cabeza a la joven que se encontraba a su lado. Edward también le tendió la mano.

- Deseo disculparme de todo corazón por esta visita sin anunciar. Estaba en Londres y he decidido no demorar mi visita a Dorking. Estoy aquí para cumplir un deseo de mi padre, fallecido recientemente.

- No se preocupe por haber venido sin avisar. Conocí a su padre, era amigo de mi marido, Thomas. Por favor, acepte mis más sinceras condolencias.

Tras los saludos hubo una pequeña pausa en la que enseñaron a Edward su habitación. Tuvo tiempo de asearse y ponerse ropa de calle antes de sentarse a tomar la merienda. Las señoras se habían cambiado y el inesperado forastero podía admirarlas en todo su esplendor. Mientras conversaba con Emma, miraba embelesado a Karolina.

No había visto nunca a una muchacha tan guapa, ya una mujer. El cabello fuertemente rizado le cubría levemente el delicado rostro. No debía tener más de dieciocho años. Emanaba frescura y gracia, y sus gestos y movimientos naturales le añadían encanto, revelando sensibilidad y saber hacer. Encandilado como estaba por Karolina, Edward estuvo a punto de olvidarse del motivo de su visita.

- Así que – empezó, mientras bebían la segunda taza de té – mi padre consideraba a su marido, el capitán Thomas Cambridge, su mejor amigo. Seis meses antes de la batalla de Trafalgar se vieron y su marido hizo entrega a mi padre de un objeto para que este lo guardara. Mi padre se comprometió a entregar este objeto a los descendientes del capitán en el caso de que cayera en batalla. Desgraciadamente, su marido murió con honor en la lucha contra los franceses. Estos contaron a sus muertos por miles, mientras que nuestra marina fueron cientos las bajas en la batalla que finalmente ganamos. El destino ha querido que después de todos estos años me haya tocado a mí cumplir con las obligaciones de mi padre y hacerle entrega de la carta.

- ¿De qué tipo de objeto secreto se trata? Por favor, cuéntenos.

- Es un magnífico brillante, del que supe gracias a una carta de mi padre, miren, esta carta. En realidad está dirigida a mí, pero no hay nada que ustedes no puedan saber.

Madre e hija leyeron el contenido de la carta con gran curiosidad. No podían contener su sorpresa.

- ¡Qué historia más increíble! – dijo Emma.

La expresión de Karolina delataba que la noticia le había afectado mucho. Cuando su padre había partido a la guerra, apenas contaba con dos años de edad y no recordaba nada de esa época. Solo lo conocía a través de relatos, bocetos y retratos. Y de repente aparecía el apuesto Edward de Ashbourne y después de tantos años les traía noticias de su padre – pensó. De parte de gente que lo conocía y lo respetaba. Miró a Edward con admiración. Puesto que nuestros padres eran amigos íntimos, eso le convierte en amigo mío y de mi madre – reflexionó.

La merienda dio paso a la cena y pasaron el resto de la noche junto a una copa de vino en Crystal House, recordando a los padres y contando historias sobre ambas familias. Emma recordó que hacía cinco años los padres de Edward habían pasado una noche en Crystal House de camino a Brighton. Había sido una visita sorpresa y recordaba con cariño la bonita noche que habían pasado y los recuerdos que Sir Philip tenía de Thomas. Edward se quedó completamente asombrado.

- Sabía que habían estado en Brighton – se sorprendió- pero nunca dijeron nada sobre la visita a Crystal House.

Se quedaron callados durante un momento porque se dieron cuenta de que su padre había tenido entonces ocasión de entregarles el brillante. La única explicación que podía tener era que hubieran cambiado de manera inesperada la ruta, por lo que la visita había sido improvisada– pensó. Estuvo un rato dándolo vueltas. Planearon realizar una visita por la propiedad al día siguiente, cuya perla eran las bodegas que había fundado el abuelo Jakub, el padre de Thomas.

Sexta parte

Karolina tardó bastante en poder conciliar el sueño. Se había dado cuenta de que el invitado la miraba como si fuera un cuadro. Habían sido muchas emociones para una tarde, cuando lo normal era que los días se sucedieran con monotonía – pensó. Se alegraba de la ruta que habían planeado para mañana con el invitado al que acababan de conocer. Tenía algunas canas, lo que le confería más encanto. Se preguntaba cuántos años tendría. Cuando miró el reloj, se dio cuenta de que mañana era hoy; las agujas del reloj habían ya marcado la media noche.

Edward se hallaba en la misma situación. Abrumado por la belleza y la espontaneidad de Karolina, no podía dormir pese al cansancio que sentía y parecía no poder encontrar la postura para dormir. No había esperado encontrarse a un ser tan interesante en su camino. Estas mujeres vivían lejos del jaleo de la ciudad y se ocupaban de sus viñedos. En su mente comparó a Karolina con una rosa, sobre cuyos pétalos se había posado el rocío de la mañana. Decidió que hablaría con ella todo lo que pudiera al día siguiente. Ansiaba conocer sus emociones y demostrarle su erudición y habilidades si así se lo permitía la ocasión.

Durante el desayuno, estuvo de acuerdo con ambas en que podrían ver más cosas si iban a caballo. Ensillaron los caballos y empezaron al cabalgar al paso, que al poco tiempo se transformó en un trote. Edward miraba extasiado a Karolina que, a caballo, se sentía como pez en el agua. Se dio cuenta de que esta quería mucho a su rocín. Lo trataba con delicadeza pero, cuando era necesario, con firmeza; se fusionaba a la perfección con el caballo. Emma iba delante y Edward y Karolina algo detrás, hablando y bromeando.

Visitar toda la propiedad les llevó la mitad del día. Tuvieron mucho tiempo para hablar sobre la historia de Inglaterra, geografía e, incluso, economía. Pensó que los tutores le habían dotado de unos conocimientos que podrían envidiar otras chicas de su edad. Es capaz y tiene buena memoria, lo capta todo al instante – pensó. En el camino de vuelta, Karolina puso a su caballo al galope y sintiéndose victoriosa se detuvo con estilo frente a Crystal House.

Ese día y el día siguiente, en el que Edward y Karolina fueron juntos en el carruaje de dos ruedas para ir a Dorking, pasaron como una ensoñación. La hija de Thomas Cambridge admiraba la figura fuerte y esbelta de Edward, así como sus ojos ensoñadores que no podían apartar la mirada de ella.

El viernes por la noche, durante la cena, Edward invitó a ambas mujeres a Ashbourne, seguro de que a los padres de los dos les hubiera gustado. Pensaron juntos en las mejores fechas para la visita, ya que tenían que encontrar un momento en el que no coincidiera con la cosecha de Ashbourne ni la vendimia en Surrey. Al final decidieron que lo mejor sería que la señora y la señorita Cambridge fuera a Ashbourne a mediados de agosto. Karolina se entristeció - ¡no se verían hasta dentro de tres meses! – y pensó que serían los tres meses más largos de su vida.

Edward también se dio cuenta de que tres meses era mucho tiempo. Durante el paseo de la tarde, tomó la mano de Karolina y para que no tuviera ninguna duda, mirándola a los ojos le dijo:

- Karolina, nunca había conocido a alguien como tú. Has poseído mis pensamientos, tienes belleza y formación. No sé cómo voy a aguantar los próximos tres meses sin ti.

Ella no respondió nada, simplemente se puso de puntillas y acercó sus labios a la mejilla de él. Fue entonces cuando Edward la atrajo hacia sí y la besó, deseoso de conocer el sabor de su boca y la firmeza de sus jóvenes senos. Ese momento debía bastarles para los tres meses siguientes.

Séptima parte

El sábado por la mañana, cuando el paje hubo subido el equipaje al carruaje, Edward dio la mano a Emma y a Karolina. Conmovido, les dio las gracias por los maravillosos días que había pasado con ellas. Poco después, el carruaje partió y las mujeres vieron cómo se perdía en el horizonte, dejando tras de sí una nube de polvo hasta que desapareció tras la colina.

Emma y Karolina se metieron de nuevo en la casa desoladas. En Emma se habían despertado los recuerdos de años pasados junto al joven Thomas, mientras que Karolina no sabía cómo iba a superar la añoranza hacia un hombre al que había conocido apenas tres días antes. Apenas intercambiaron unas palabras para sumergirse cada una de ellas en su mundo interior.

Cuando Jeremy vio el carruaje acercándose a la casa, faltaban pocos minutos para las tres. Habían quedado en que Edward se quedaría esa noche en su casa, ya que iban a quedar con los amigos a las seis. Lo mandó inmediatamente al aseo y le aconsejó que se echara al menos una hora de siesta. Edward siguió los consejos de Jeremy, pero parecía ausente.

Durante la fiesta, que antes había esperado con impaciencia, apenas habló ni bebió. Su anfitrión estaba totalmente desconcertado. Por la noche, una vez terminada la fiesta, preguntó al paje si le había ocurrido a Edward algo malo, a lo que este no pudo darle ninguna respuesta que aclarara la situación ya que había estado en otras estancias en la que le habían tratado como a un rey, así que lo único que había hecho había sido dormir, descansar y cuidar de los caballos.

Por la mañana, Edward anunció por sorpresa a Jeremy que debía acortar su estancia en Londres, ya que le habían llegado noticias sobre unos problemas con su propiedad. Se despidieron y Jeremy se vio obligado a cancelar los compromisos que había fijado antes. Empezó a sospechar que el cambio de Edward se había producido en Dorking, pero no era capaz de adivinar de qué se trataba. Edward partió de Londres el domingo por la mañana después de desayunar.

Octava parte

Los preparativos para la llegada de la señora y la señorita Cambridge llevaron dos semanas. Se renovaron todas las estancias en las que se iban a alojar las invitadas, el salón principal y el vestíbulo; se sustituyeron las piezas descascarilladas de la vajilla y la cubertería, se compraron nuevas alfombras, se repararon las puertas que estaban estropeadas y las ventanas que no encajaban bien; se lustraron algunos muebles, por lo que se podía sentir el olor del barniz en algunas de las estancias. Las mujeres habían informado a través de una carta que esperaban llegar el dieciséis de agosto por la tarde. Ese día, Edward pidió a su ayuda de cámara que vigilara la carretera. Cuando el carruaje estuvo cerca del palacio se paró, saludó afectuosamente a sus invitadas como buen anfitrión. Observó que ambas mujeres tenían un aspecto excelente y que el largo viaje no les había hecho mella.

El servicio, siguiendo las instrucciones que les habían sido indicadas, se alineó frente a la entrada principal de manera que Edward pudiera presentarlos a todos. Hacía años que no se veía una ceremonia de este tipo en Ashbourne. Tomaron el equipaje de las invitadas y pasaron al salón todos juntos.

Karolina admiró el precioso palacio, mucho más grande que su casa. Edward la había conmovido al recibirla con una gran cesta de rosas. Admiraba su actitud con el servicio, cordial y de total confianza. Se podía ver que entre todas las personas que vivían en Ashbourne existía un vínculo que rara vez se encontraba en otros sitios.

Al día siguiente, durante la comida de la celebración, tuvo lugar la culminación del día. Edward entregó a Karolina, la única hija de Thomas Cambridge, un magnífico brillante. El deseo de Thomas había sido que el brillante pasara a sus herederos, explicó. El brillante, que aparte de Edward ninguno de los allí presentes había visto, provocó entre los reunidos una enorme admiración. Valía una fortuna, con seguridad, muchas miles de libras esterlinas.

La estancia de las señoras Cambridge en Ashbourne duró casi tres semanas. Edward no quería ni oír hablar de que partieran antes y cada día se aseguraba de que tuvieran nuevas atracciones. Él y Karolina pasaron juntos mucho tiempo. Desde el primer momento que la había visto, había sabido que haría todo lo posible para que ella permaneciera para siempre a su lado.

Las semanas que pasaron juntos en Ashbourne no le habían hecho cambiar de opinión, al contrario, le habían reafirmado su decisión. Se sentía feliz y seguro de su elección.

A mediados de la tercera semana habló en secreto con Emma Cambridge. Le informó de que al día siguiente se declararía a Karolina durante la comida a la que había invitado a vecinos de las propiedades de la zona y a unos buenos amigos de Londres. Le pidió que aceptara la unión.

- Que sea Karolina la que decida – dijo Emma. – Ya es adulta. No seré yo quien se interponga en el camino de su felicidad.

Al día siguiente se celebró el compromiso. Karolina Cambridge se convertía en la prometida de Edward Cunningham y, al cabo de tres meses, en su esposa. Junto con Edward se fueron a vivir a Ashbourne y tuvieron un matrimonio feliz. Al cabo de cuatro años contaban con dos hijos, un niño y una niña.

Novena parte

Una fría tarde de diciembre de 1830 Edward decidió revisar un montón de papeles que se habían acumulado en un escritorio. Los fue revisando uno a uno, destruyendo la mayoría en la chimenea. Entre ellos atisbó una factura amarillenta junto con un certificado. Los miró con detenimiento.

Era una factura emitida por una joyería de Brighton fechada 12 de junio de 1815. El comprador era Philip Cunningham de Ashbourne y el objeto de la compra, un brillante. Su padre lo había adquirido por una cifra astronómica: doce mil libras esterlinas.

Edward miró con atención el certificado de la gema y comprobó que su descripción y las características poco comunes de la misma se correspondían con exactitud al brillante que había regalado a Karolina. La procedencia de la piedra, como depósito que Thomas Cambridge a su padre en 1804, no dejaba lugar a dudas. Sus padres lo habían adquirido al poco tiempo de su estancia de un día en Dorking.

Edward estudió durante un buen rato el documento envejecido por el paso de los años. Escribió en un cuaderno los datos del brillante y, a continuación, tiró la factura y el certificado al fuego. Conmovido, pensó en su madre y en su padre. Acababa de comprobar hasta qué punto le habían querido. Menos mal que estaba solo y no tenía que avergonzarse de sus lágrimas. Del inesperado descubrimiento no dijo nunca nada a nadie.